

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Beatriz Colombi: *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo (Ensayos críticos) 2004. 270 páginas.

La literatura de viajes —género de larga tradición— ha ido adquiriendo distintos sentidos al ritmo de exilios, migraciones y diásporas. El escritor viajero es, cada vez más, un sujeto atravesado por contradicciones, un ser desplazado, “fuera de lugar” o “extraterritorial”, para decirlo en términos de George Steiner. El sintagma “*viaje intelectual*” que da título al libro de Beatriz Colombi, estructura la selección de un corpus establecido entre 1880 y 1915 y define “al escritor que se autorrepresenta como agente de una cultura e interviene como tal en una escena pública exterior” (p. 16). Los fundamentos de este recorte radican en la certeza de que, en el contexto finisecular, el viaje alcanza su clímax y prefigura su fin, en consonancia con una época definida por sus contradicciones. Así, cada capítulo da cuenta de la compleja conexión que une al desplazamiento con la configuración de un “imaginario moderno en el fin de siglo hispanoamericano” (p. 17), en la certeza de que el viaje implica la pregunta por una identidad peculiar, conformada en la conciencia de la periferia pero también en el relato de la descolonización cultural. Lo que se presenta como preocupación y guía, más allá de cuestiones genéricas, es la “cultura del viaje”. Por tanto, el libro se delinea a partir de las representaciones del escritor desprendido de su medio y alude tanto a José Martí como a Alfonso Reyes, pasando por Rubén Darío, Paul Groussac, Manuel Ugarte, Enrique Gómez Carrillo, Fray Servando Teresa de Mier y Horacio Quiroga.

En el juego de metáforas que el género posibilita se destaca la escritura como viaje, deslizamiento que también involucra la traslación y la traducción, definidas por saberes heterogéneos, experiencias propias y ajenas, impresiones que van trazando profusas redes de diálogo, polémica y comunicación. Esto se analiza con brillante lucidez en el caso de Martí y sus traducciones de Moore y Emerson donde, a partir de borradores y epístolas, la relación entre lenguas es leída como problemático movimiento que agudiza las contradicciones martianas. Traducir es también traicionar, violentar o “transpensar”, tarea que entrena la exasperada conciencia de la distancia ineludible que persiste en toda apropiación de un universo *otro*.

Distintas cartografías urbanas configuran el mapa de la reflexión y la polémica. Así, la gira norteamericana de Paul Groussac —en la que revalida la “civilización latina” al tiempo que realiza un “ensayo sociológico”—, se contrapone a las apreciaciones de Sarmiento y Martí, cuyos escritos la autora pone a dialogar a partir de la valoración de los cambios que la modernidad implica. En segundo término, las retóricas del viaje por España, espacio conflictivo en el que se lee desde la furibunda invectiva hiperbólica de Fray Servando Teresa de Mier hasta el “diagnóstico cultural” de Rubén Darío. Fiel a su *poética*, Darío revisa tradiciones, reconcilia sin ocultar, articula retóricas y estéticas heredadas en un imaginario nuevo. Por eso el escritor viajero es percibido también como “organizador”, de contradictoria relación con la modernidad. En este marco, la “cultura del viaje” tiene su mayor representante en Alfonso Reyes, quien “construye un archivo cultural a partir del reencuentro con el legado hispá-

nico” (p. 143). Nuevamente España, pero ahora como espacio de calidez y aprendizaje, abierto a un trabajo intelectual que tiene como premisa incorporar antes que expulsar.

Otras cartografías fundamentales: París y Venecia, leídas a partir de las impresiones de modernistas o decadentes, de un inigualable Darío, o de críticos posteriores como Benjamin y Barthes. París convoca fantasías de éxito y reconocimiento pero deja huérfanos a los escritores hispanoamericanos y, en el extremo, favorece una retórica del viaje-fracaso: Horacio Quiroga. Venecia, por su parte, representa como ninguna otra la saturación que lleva al *fin* del viaje y de sus relatos; por eso requiere del viajero como reordenador de signos, sujeto capaz de sobrellevar la *angustia de las influencias* configurada por incontables narraciones previas.

Cierra el libro Enrique Gómez Carrillo, en quien la autora lee el pasaje (y también la parodia) de los discursos eurocéntricos, en especial el *voyage en Orient* y su constitutiva relación con los espacios periféricos. Con mirada distante y apolítica, Gómez Carrillo exaspera sus modelos (Loti, Segalen) y extrema lo exótico, entre la asimilación de la diversidad y la marca de la subordinada diferencia. Público, éxito, consumo literario signan la suerte de un escritor *epigonal* que constituye su prosa en la *vulgarización* del repertorio moderno.

Así, y a pesar de que la literatura de viajes es un campo colmado de metáforas, Colombi no se pierde en ellas sino que las convoca y desglosa, especialmente atenta a los cambios de sentido, las modulaciones de la lengua, las estrategias formales y retóricas que hacen de cada texto una pieza única –tal como se aprecia en el novedoso acercamiento a *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes. Si bien la autora tiene

en cuenta las particularidades de la escritura del yo, toma la destacable decisión de enfatizar el entramado de un campo cultural atravesado por migraciones y desplazamientos e integrado por textos que, sin excluir la controversia, contribuyen a una religación hispanoamericana. Otro mérito no menor reside en la estudiada libertad reflexiva con que la autora acude a categorías y teorías sobre el género desde una perspectiva que privilegia su funcionalidad para el análisis, más allá de empobrecedoras modas académicas.

Si es cierto que *Viaje intelectual* surge como producto de una dolorosa experiencia de exilio que ha signado a varias generaciones, también lo es que, en el origen, ha sido convocado por el deseo y del placer de la lectura. Mucho de este goce del investigador frente al texto permea y embellece sus páginas, enriquecidas por una inteligente indagación textual y un brillante trabajo con la propia escritura, en la tradición de la mejor crítica literaria latinoamericana.

Valeria Añón

Irene Maria F. Blayer/Mark Cronlund Anderson (eds.): *Latin American Narratives and Cultural Identity. Selected Readings*. New York, etc.: Lang (Latin America: Interdisciplinary Studies, 7) 2004. X, 258 páginas.

¿Significa el fin de la historia proclamada por Fukuyama el fin de las historias contadas en América Latina? Según Mario J. Valdés, “the paradoxical globalization [...] does not reduce cultural expression to a common denominator but rather accelerates regional contrasts” (p. 19), mientras que Stephen Heninghan ve el peligro del aniquilamiento de cada diferencia cultural. Otros opinan que la homogeneización